

La Novela Americana Cinematográfica



Nºm. 24

30 cts. El peso de la familia

por
Lila Lee
y
John Harron

LA NOVELA AMERICANA CINEMATOGRÁFICA

Publicación semanal

Francisco - Mario Bistañé
Director

AÑO I

NÚM. 24

El peso de la familia

Interesante asunto
interpretado por
Lila Lee y John Harron

Exclusiva de

Importaciones Cinematográficas

Postal - regalo: EVELYN BRENT

Ediciones BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis. - Barcelona

El peso de la familia

Argumento de la película

I

Luis Coleman, el fotógrafo artista, trabajaba afanosamente en su estudio.

Era un estudio que tenía más de taller de pintor que de Galería fotográfica, tal era el gusto con que estaba amueblado y ornamentado.

Julio Coleman había hecho un apostolado de su arte y de su negocio. Por eso había llegado a ser el mejor fotógrafo de la ciudad, obteniendo de su trabajo magníficas ganancias.

Julio Coleman era joven y soltero. No se distinguía por guapo y arrogante, pero sí por serio y noble.

De pronto apareció en lo alto de la escalera una muchacha, ni espléndida por su hermosura ni deslumbrante por su elegancia, pero sí encantadora por un algo de dulzura que toda ella emanaba.

Julio lo dejó todo para ir a su encuentro.

—Por fin, Anita, se deja usted ver.

—Pues ha sido una casualidad. Pasaba por aquí con mi familia, he visto mi retrato en el escaparate y me he dicho: "Voy a ver por qué el



—Por fin, Anita, se deja usted ver.

señor Coleman no me ha mandado las fotografías si están hechas."

—Es muy sencillo, Anita. Si le hubiera mandado los retratos, no habría tenido el placer de verla.

Cruzaron algunas palabras más y en esto apareció una jovencita donde antes había aparecido Ana.

—Quiero ver de cerca las fotos, Ana... Buenas tardes, señor fotógrafo.

—Muy buenas tardes.

—Es mi hermana Georgina. ¿No la recuerda usted? —preguntó Ana.

—Vaya si la recuerdo. En la fotografía aparece montada en un carro.

—¡En un carro, eso es! —gritó Georgina.

—En seguida voy —dijo Ana—. Vete con papá. Y siguieron hablando. Todavía no estaban todas las pruebas. Julio prometió dejarlas listas aquella misma tarde y mandarlas al día siguiente.

—Como tiene usted tanto trabajo, se explica la causa de esta dilación.

—No es esa la causa, Anita. La causa ya se la he dicho. Lo habría podido dejar todo por usted.

Se oyó una voz:

—A ver si nos tienes todo el día de plantón, Anita.

Era un muchachito de unos doce años. Mastiaba caramelos y miraba con cierto descaro.

—Es Quinito, el Benjamín de la casa —dijo Anita.

Quinito, por todo saludo se tocó el ala del sombrero. Julio le dirigió una cariñosa frase de saludo.

También Quinito fué despedido por Ana, pero en seguida apareció un joven con un cigarrillo entre los labios.

—Es mi hermano Santiago.

Santiago no se conformó con saludar desde lo alto de la escalera, sino que bajó y estrechó la mano del fotógrafo, golpeándole las espaldas como si le conociera de toda la vida.

Anita tendió la mano a Julio para despedirse, pero el fotógrafo le suplicó:

—Ya que está usted aquí, desearía hacerle un buen retrato, un retrato artístico. No me niegue usted este obsequio.

Santiago salió de estampía apenas oyó estas palabras y, un segundo después, aparecían una voluminosa señora y un bigotudo señor en lo alto de la escalera, seguidos de Georgina, Santiago y Quinito.

—He aquí mi papá y mi mamá —dijo Ana—. Ahora ya conoce usted a toda la familia.

Toda la familia entró en el estudio como Pedro por su casa.

—¿Es verdad que el señor Coleman desea hacerte un retrato?

—Sí, mamá.

—Entonces —dijo el padre— nos colocaremos todos detrás de ti y así tendremos un retrato de toda la familia.

—¡Eso es! ¡eso es! —palmoteó Georgina.

—Muy bien pensado — exclamó la madre —. Precisamente necesitamos tener un retrato en grupo de toda la familia, pues sólo tenemos el que nos hicimos cuando Quinito echó el primer diente.

No hubo más remedio que dejar el retrato de Anita para mejor ocasión, pues Julio perdió más de una hora en colocar a toda la familia para hacer la fotografía deseada.

Quinito y Georgina querían colocarse los dos

en el mismo sitio. Santiago se había empeñado en aparecer expeliendo una bocanadas de humo.

Al fin el retrato estuvo hecho, después de echar a perder media docena de placas.

En el momento de la despedida, Ana fué la última en salir del estudio.

Julio se había empeñado en no soltarle la mano, si no le prometía que volverían a verse.

Entretanto, mamá hacía a papá una observación.

—Debe de ganar el dinero a espaldas.

—Eso estaba pensando: que sería un excelente marido para Anita.

—El parece que ha empezado a enamorarse.

—Yo creo que está ya enamorado.

—Te advierto que eso sería lo de menos. El amor se puede hacer tomar a la fuerza como los purgantes: Obedece y te convencerás. Entra e invítale a cenar.

Así lo hizo el padre.

Entró. Aun estaban despidiéndose Anita y Julio.

—Procure traernos usted mismo los retratos, señor fotógrafo y que sea de noche. Así cenaría usted con nosotros y verá qué carne con cebollas hace mi mujer. Se chupará usted los dedos.

A nuestro juicio, Julio se chupaba el dedo ya porque contestó:

—Con mucho gusto.

II

El día de la cena, la madre demostró un profundo conocimiento de la estrategia amorosa. Encerró a toda la familia en el comedor y

dejó sola en la salita a Ana con un libro de la novelista más casera y con un número de un magazine titulado: "La mujer de su casa."

Julio se presentó con una caja de bombones de un tamaño que se aproximaba mucho al de un tránsito. ¡Eran tantos en aquella casa!

A ella le llevó un ramo de flores.

La madre, después de los saludos de ritual, volvió a embutir en el comedor a toda la familia y dijo a la pareja:

—Os dejamos solos, hijos míos, para que habléis de vuestras cosas.

Y apagó una de las dos luces que tenía la salita y desapareció por el foro.

* * *

Santiago, desde la puerta, entreabriéndola cautelosamente, dió a la familia, reunida en el centro del comedor, una información detallada del proceso del flirt.

—Ahora le dice cosas al oído y ella se ríe.

—¡Hija de mi alma! ¡Qué inocente es!—exclamó la madre.

Y después.

—Ahora le pasa el brazo por los hombros.

—¡Magnífico!

—¿No te lo decía yo? Es el mejor fotógrafo de la ciudad.

Y más tarde:

—Ahora dice que va a ir derecho al objetivo.

—¿Cómo?—exclamó el padre.

—Al objetivo de su visita.

—¡Ah!

—Y le da un beso.

Y media hora después:

—Todavía no ha terminado el beso.
El padre dió un puñetazo sobre la mesa.
—¡Esto no puede ser!... No puedo consentir que se manche su honor.

—No seas sucio—le dijo cariñosamente la madre—. Como vamos a ir siempre llenos de manchas es si no logramos que nuestra hija se case con ese hombre.

Y minutos después:

—Ahora le ha puesto un anillo en el dedo corazón.

El rostro de la madre resplandeció de alegría, pero la buena señora, acaso porque no se recordara de reír, se echó a llorar con tan tremendos gemidos que cayeron dos sillas.

Apareció en seguida la pareja.

—¡Mamá, mamá! Nos amamos y estamos prometidos.

La madre seguía sollozando estruendosamente.

—¡Hija de mi alma! Ahora sí que voy a perderte.

Abrazos, felicitaciones y lágrimas.

Santiago demostró en seguida la confianza que Julio le inspiraba.

—Mi querido hermano, he visto que has traído el automóvil. Haz el favor de dejarme la llave que voy a dar una vuelta.

—Bien, hijos míos—dijo el cabeza de familia—. ¿Dónde vais a ir a pasar la luna de miel?

—Hemos pensado ir a visitar las Cataratas del Niágara.

La madre fué más expresiva aún.

—Ven a los brazos de tu nueva madre, hijo mío.

Y le dió dos besos que resonaron como dos escopetazos.

—Mientras estéis fuera—dijo el padre—Santiago y yo cuidaremos del estudio.

Y dejaron de hablar porque la cena estaba servida.

III

Después de su viaje por las remotas regiones cuyo principal atractivo eran las Cataratas del Niágara, el fotógrafo quedó muy sorprendido al entrar en su estudio.

En un sofá la madre hacía ganchillo; Quinito, el Benjamín de la casa, correteaba por el estudio y saltaba de mueble en mueble, perseguido por Georgina, que, en vista de que no lo podía alcanzar, le arrojaba objeto tras objeto.

El padre estaba sentado en la mesa de escritorio y como no podía tener las manos sobre la carpeta, porque sostenía con ellas un libro, había depositado los pies, después de quitarse los zapatos.

Era un hermoso cuadro familiar que hubiera hecho llorar a cualquiera de alegría.

—Pero estáis aquí?

—Naturalmente—repuso la madre—. Mientras papá y Santiago trabajen al lado de Julio, lo natural es que estemos aquí todos. Pero no hablamos aquí de eso ahora. Venid a mis brazos, hijos míos. Me parece que he pasado un siglo sin veros.

El padre, Quinito, Georgina y Santiago cayeron en torrente sobre los recién llegados.

—¡Fué una escena commovedora!

El antiguo ayudante del fotógrafo vino a interrumpirla.

—Me alegro de que haya usted vuelto, señor Coleman. Así puedo marcharme yo. No me pregunte por qué. Ya lo sabrá, y muy pronto.

Y sin dar más explicaciones traspuso para siempre el umbral de aquella casa.

Julio estaba perplejo.

—¿Qué le han hecho ustedes?

—No te preocupes. Ese cerdo no hace más que estorbar. Con Santiago y conmigo tienes bastante.

Julio comenzó a perder la paciencia.

—Muchas gracias, pero no puedo aceptar la avuda de ustedes. Me basto yo solo para llevar el negocio.

—Ahora no tenemos más remedio que quedarnos aquí—replicó Santiago—. He rechazado un magnífico empleo por trabajar en tu casa. Comprenderás que no me puedo quedar sin nada.

—He dicho que no los necesito a ustedes.

Ana se puso muy seria.

—¿Cómo sabes tú que Santiago y papá no cumplirían? Debes tomarles a prueba.

—No puede ser, Ana. Yo necesito gente profesional. Esto no se aprende en dos días. Compréndelo.

La madre había ido cambiando de expresión lentamente. La sonrisa maternal desapareció de sus labios, para dar paso a un rictus muy semejante a esos que hacen los lobos cuando andan hambrientos.

—¿Qué tienes que decir de mi esposo y de mi hijo? Valen tanto como tú o más.

—No lo dudo, pero no entienden una palabra

de fotografía. Mi vida entera he dedicado a este negocio. Todo lo he sacrificado a él. No puedo consentir que ahora, cuando mis desvelos comienzan a recibir el precio merecido, me lo echen abajo dos personas profanas en este arte.

Allí fué Troya.

La madre abrió la boca, por ella comenzaron a salir palabras que sonaban peor que piano desafinado.

Las más benévolas fueron las siguientes: Monstruo, asesino, paria y antropófago.

¡Fué una escena familiar commovedora!

* * *

En el cuarto del matrimonio resonó un tremendo portazo. Era Julio que entraba.

Momentos después, se oyó otro portazo mayor. Era Anita.

Los dos habían determinado acostarse sin cenar.

Cada cual sacó su maleta y la depositó sobre su cama. Cada cama estaba a un extremo de la habitación.

Vaciaron las maletas. Se sentaron el uno de espaldas al otro y comenzaron a desnudarse.

Cuatro zapatos cayeron violentamente sobre el suelo. Las prendas de vestir eran arrojadas como proyectiles.

Ya estaban él en pijama y ella enfundada en el largo camisón y todavía no se habían mirado ni dirigido la palabra.

De pronto oyó Julio un sollozo. Se volvió y vió que Anita, tendida de brúces en el lecho, lloraba convulsivamente.

No se pudo contener. Quería a su mujercita demasiado para verla llorar.

Se acercó a su lecho. Se sentó en él, posó sus manos sobre los blancos hombros de Anita y le dijo dulcemente:

—Vamos, Anita, no llores. Nunca creí que esta cuestión te afectaría tanto.

Pero ella no contestaba. No hacía más que llorar.

—¿Te haría realmente dichosa que aceptara a tu padre y a tu hermano? Pues desde hoy trabajarán en mi estudio. Todo con tal de no verte llorar.

Anita se volvió y se incorporó.

—Gracias, Julio, no esperaba menos de ti. No te darán motivo para arrepentirte. Verás con cuánto empeño trabajan.

Y lo que había comenzado en elegía concluyó en idilio.

IV

Julio sentado ante su mesa de trabajo examinaba la arquilla de los ingresos.

Su rostro estaba nublado por una sombra de disgusto.

Tenía en su mano tres o cuatro billetes y sus ojos se fijaban con perplejidad en el fondo vacío de la caja.

Llegó en esto Anita y sentándose en el brazo del sillón, dió un beso a su marido.

—¿Qué te sucede? Parece que estás serio.

—Tengo motivos para estarlo. He aquí todos los ingresos de esta semana. Ni siquiera para los gastos.

—Ya sabes, Julio, que tuvimos que comprar a papá un traje.

—Un traje vale cincuenta dólares.

—Pero cuando se le compra un traje a papá hay que comprarle a mamá un vestido, y eso es lo que he hecho.



... y, sentándose en el brazo del sillón, dió un beso a su marido.

Julio dió un manotazo sobre la mesa.

—Y cuando se le compra un vestido a mamá, hay que comprar también ropa para Santiago, para Georgina y para Quinito. Y cuando se les compra ropa a todos hay que comprarle un collar al gato.

Estas últimas palabras fueron oídas por la dulce suegra, la cual haciendo uno de aquellos gestos que la mostraban superior a las panteras

del Atlas, bajó precipitadamente las escaleras, se encaró con su yerno y le dijo mordiendo las palabras:

—¿De modo que te duele haberme comprado un vestido? ¿Acaso quieres verme sin camisa?

—¡Qué horror, señora! De ningún modo.

—Eres un monstruo. No puedo hablar contigo sin que me dé el ataque.

Y para demostrarlo se dejó caer en su sofá, haciendo polvo tres o cuatro muelles.

Sus gritos y sus sollozos atrajeron a toda su familia y la que allí se armó sólo tiene un precedente en la historia: La Batalla de Lepanto.

Y una vez más tuvo Julio que hacer de tripas corazón.

Al día siguiente Julio llamó a Anita para decirle:

—He tomado una determinación, querida mía.

—Algo bueno?

—Sin duda.

—¿Qué determinación?

—La de dejar el negocio a tu padre y a Santiago, para que ellos lo exploten por su propia cuenta.

La pobre Ana saltó y palmoteó como una niña.

—¡Qué bueno eres, Julio!

Y echó a correr por toda la casa llamando a gritos a toda la familia.

Cuando todos estuvieron reunidos en el estudio, Anita les hizo la gran revelación.

La angelical suegra derramó abundantes lágrimas.

—Hijito de mi corazón! Eres un santo.

El padre le demostró su gratitud con estas palabras:

—Te prometo, hijo mío, que haré de este lugar un monumento digno del que tú has creado.

De pronto, Ana tuvo una idea.

—Y qué vas a hacer tú, Julio?

—Un estudio de Arte en Nueva York me ha hecho una buena oferta y pienso aceptarla.

Esto ya no le gustó tanto a Anita.

—Te vas, entonces?

—Sí, pero apenas explore aquel nuevo ambiente, haré que vengas a reunirte conmigo.

—Siendo así, me conformo. Pero has de escribirme todos los días.

Tampoco al resto de la familia le agradó el saber que Julio se ausentaba, pero no por eso dejaron de aceptar con alegría su magnífica oferta.

V

El estudio neoyorquino que había contratado a Julio era la última palabra en el arte del objetivo.

Su dueña, Estrella Maynard, se hallaba ahora muy preocupada con la colocación de una danzrina que quería hacerse un retrato de verdadero efecto.

La modelo estaba semidesnuda. Sólo un largo y finísimo velo la cubría. Estrella había logrado una pose muy llamativa pero que no acababa de satisfacerla.

Entró Julio de pronto y Estrella recurrió a él.

—¿Qué defecto ve usted a esta pose, señor Coleman?

Julio miró un momento a la danzarina con los ojos entornados, se acercó a ella y le hizo levantar el brazo en una graciosa curva que terminaba en la frente. Antes lo tenía extendido en sentido horizontal. La pose era otra completamente distinta.

—¡Magnífico! — exclamó Estrella —. No se puede pedir más.

El mismo Julio hizo funcionar el disparador y cuando la artista se hubo marchado, Estrella dijo al artista:

—En los pocos días que llevo a su lado, me he convencido de que es usted un verdadero maestro en este arte, y voy a hacerle una proposición. ¿Quiere usted ser mi socio?

—Encantado, amiga mía. Muchas gracias.

Y aquella misma tarde Julio escribió a Anita una extensa carta en la que le decía, entre otras cosas:

“Tu presencia es lo único que falta a mi felicidad. Ven pronto, adorada mía. Ardo en deseos de abrazarte.”

* * *

Dos días después Julio recibía el siguiente telegrama:

“Llego hoy dos tarde. Un fuerte abrazo. Anita.”

Loco de alegría, con el telegrama en las manos, Julio fué a ver a Estrella.

—Esta tarde no me espere usted. Llega mi mujer en el tren de las dos.

El gozo no le cabía en el pecho.

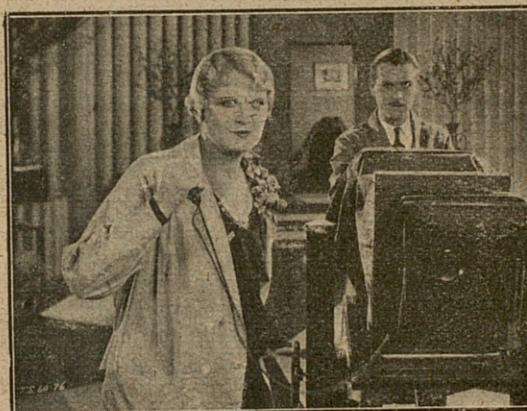
Estrella sonrió.

—Le felicito a usted, amigo mío. Se ve a la

legua que tiene usted un verdadero delirio por su esposa. Vaya, vaya usted y dedíquele todo el tiempo que necesite.

Así lo hizo Julio.

Salió a la calle, tomó un taxi y se dirigió a la estación. Sólo estuvo esperando cinco minutos,



El mismo Julio hizo funcionar el disparador.

pero hubiera jurado que vivía ya en el año 1940.

Entre la multitud, con un maletín en la mano, apareció la delicada figura de Anita. Miraba con ansia a un lado y a otro.

Julio estuvo a punto de desvanecerse al echarle la vista encima.

—¡Anita!

—¡Julio!

Y se dieron un abrazo que duró casi tanto como el viaje.

Julio temblaba de gozo, pero de pronto su alegría fué desvaneciéndose como el humo.

Por la puerta del andén apareció Quinito con un paquete, detrás Santiago con una maleta, después Georgina con un saco de viaje, en seguida el padre con un envoltorio de ropa y finalmente la voluminosa e imponderable suegra con un paraguas y un loro en su jaula.

Si alguno de los lectores fué testigo del último y desastroso terremoto del Japón, podrá formarse una idea de lo que pasó por el alma de Julio.

Un minuto después toda la familia le rodeaba y estrujaba.

Como en sueños, como si fuera presa de una espantosa pesadilla condujo a su casa a sus suegros y a sus cuñados. Apenas tenía fuerzas para desplegar los labios. No sabía qué pensar ni qué decir. Pero fué lo cierto, que después de haber resuelto no ir al estudio aquella tarde, para pasarla al lado de su esposa, le faltó el tiempo para volver al trabajo, apenas hubo dejado la familia en casa.

* * *

Le encontró Estrella sentado en su sofá y con el rostro oculto entre las manos.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Acaso no ha venido su esposa?

—Sí, amiga mía, sí. No sólo ha venido mi esposa, sino que la han acompañado los cinco miembros de que se compone su familia.

Y explicó a continuación todo lo que había sucedido desde que conociera y se enamorara de Anita.

Estrella, compadecida, rodeó con un brazo los hombros del camarada y le dirigió algunas palabras consoladoras.

En este preciso instante se abrió la puerta del estudio y aparecieron Santiago y su padre, los cuales quedaron en el umbral inmóviles y mudos,



Un minuto después, toda la familia le rodeaba.

al ver a Julio abrazado por Estrella.

Después de cruzar un guiño de inteligencia, el suegro tosió prudentemente.

Julio y Estrella se sobresaltaron. A él le sucedió algo más: le pareció algo así como si el demonio se hubiera presentado en el estudio para hacerse una fotografía de arte.

Pero reaccionó al fin y poniéndose en pie en una convulsión, se fué hacia los visitantes.

—¿A qué han venido ustedes aquí?

—A echar una ojeada a nuestro nuevo local —repuso el suegro sonriente.

—De modo que a ver su nuevo local? —añadió en una transición: —¡Ea! esto se acabó. Salgan ustedes de aquí inmediatamente.

Y sin hacer caso de las protestas del suegro y del cuñado, los arrojó a los dos del estudio, mediante dos empujones.

En el vestíbulo, padre e hijo se quedaron mirando.

—¡Nos ha pegado! ¡Qué dirá tu madre cuando lo sepa!

Y se apresuraron a volver a casa con la tremenda noticia.

—¡Vaya recibimiento que nos ha hecho Julio!

—¿Qué ha sucedido? —preguntó la madre, recelándose algo malo al ver la cara de dolor que ponían padre e hijo.

—No quieras saber. Me ha maltratado. Me ha pegado. ¡Ay! ¡Ay!

Y se llevaba la mano al brazo, que es por donde le había cogido Julio para hacerlo salir del salón.

—Ha sido un golpe tremendo —explicó Santiago—. Conviene que papá se haga una radiografía. No tendría nada de particular que le hubiera roto el hueso.

Quinito y Georgina se echaron a llorar. Ana estaba aterrada. La madre comenzó a lanzar tremidos gritos. Al mismo tiempo dedicaba a su yerno todo el repertorio de palabras amables. Le llamó de Herodes para arriba.

Entró de pronto Julio y al ver a la familia

reunida, sospechó lo que se estaba tramando contra él.

Pero no le inquietó lo que pudieran decir ni hacer. Había tomado una determinación energética e irrevocable.

Sin saludar siquiera, pasó por delante de ellos y se encerró en su cuarto dando un tremendo portazo.

Cuando Ana entró vió que terminaba de arreglarse la maleta.

—Me he enterado de lo que acabas de hacer a mi padre.

—Me importa muy poco lo que te hayan dicho. Me importan muy poco las mentiras de tu amada familia.

—¿No te da vergüenza haberle pegado a un anciano indefenso?

—¡No!

—Te advierto que mi padre está resuelto a marcharse de aquí si no le das una explicación.

—¡Mal conoces a tu padre! ¡Márchate! ¡Qué más quisiera yo!

Y cogió la maleta.

—¿Adónde vas?

—A un hotel. A donde pueda vivir tranquilo, a donde pueda luchar por la vida libremente, sin la rémora de tu desaprensiva y loca familia.

—¡Julio!

—¡Basta de escenas! Ya estoy harto. Arruinaron mi negocio anterior y me amargaron la existencia en nuestra ciudad. Salí de allí huyendo de ellos y para rehacer mi vida que habían dejado maltrecha. No quiero que ahora suceda lo mismo. Sería un necio si lo consintiera.

—¿Y me dejas, Julio?—preguntó Ana con profunda angustia.

—Te dejo, sí, aunque para ello haya de des trozar mi corazón. A ti debe importarte poco, porque quieres más a tu familia que a mí. Sólo te preocupa su bienestar. El mío no te interesa. Sigues siendo la niña de casa en vez de ser la compañera del esposo. Esto ha concluído.

Y, decidido y energético, dió media vuelta y salió de la habitación y de la casa.

Anita oscilaba entre el dolor, la incertidumbre y el desconcierto.

¡Julio se iba! ¡Se iba de verdad!

* * *

Cuando vieron pasar a Julio sin detenerse, los suegros y los cuñados quedaron tan desconcertados como Ana.

Santiago lanzó una perfida suposición:

—A mí no me la da ese. Ese se va con la rubia.

—¿Con qué rubia? ¿Con la del estudio?—preguntó su padre.

—¡Y me lo preguntas tú qué has visto como le abrazaba!

El padre recordó:

—¡Caramba! ¡Pues es verdad!

La madre, que había escuchado aquellas palabras con ansiedad creciente, inquirió:

—¿De quién estáis hablando? ¿Qué rubia es esa? ¿Qué ha sucedido?

Santiago hizo una gráfica descripción de la escena.

Según él, la rubia tenía enlazado por el cuello

a Julio y le decía palabras al oído, y, de pronto, en un arrebato de pasión, le dió un beso.

—¿Un beso?—preguntó la madre, con ojos desorbitados. —Y él qué hizo?

—El, muy conmovido, no dijo nada, pero yo adiviné que pensaba: “¡Amor mío!”

—¡El muy bandido!

—Está completamente *chalao* por esa mujer. En este momento entró Ana en la habitación donde tenía lugar el debate familiar.

Había permanecido en el pasillo, escuchando, al oír que mezclaban el nombre de Julio al de una mujer que no era ella.

Su agitación era bien evidente.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó encarándose con Santiago.

Santiago fué a contestar, pero un bofetón de la madre se lo impidió.

—¡Silencio!

Y era como si quisiera decir: “Que no se entere la pobrecita. Vale más que viva en el engaño. Se moriría de pena.”

Calló Santiago, pues; pero el padre siguió en son de protesta:

—No puedo consentir que mi hija viva engañada.

Y se fué hacia un mueble que había en el salón, y cogiendo un retrato de Estrella que estaba sobre él, se lo enseñó a su hija.

—Esta es, hija mía, la causa de que Julio se vaya. No creas en las excusas que te ha dado.

Ana tomó el retrato afanosamente y contempló a la bella rubia.

Al pie de la cartulina había una dedicatoria,

que ella, en aquel momento de ofuscación, consideró bien elocuente:

"Para Julio Coleman, mi más querido amigo y socio.

"Estrella Maynard."

Por un momento, la joven esposa estuvo a punto de sucumbir a los horribles recelos que pasaban por su alma.

Pero reaccionó.

—¡No, no! ¡Julio es demasiado generoso para traicionarme!

Y dando media vuelta y ocultando el rostro entre las manos, corrió hacia la habitación de Julio, donde estuvo llorando hasta que se le calmaron los nervios.

Sabía que Julio era incapaz de traicionarla. Sin embargo...

Una sombra de duda la asaltó al principio, fué tan leve que ni siquiera duda podía llamarse. Pero, poco a poco, aquella minúscula germinación fué engrandeciéndose, engrandeciéndose, hasta que ella misma se asombró de juzgar tan vil a su Julio.

Sin embargo, sintió la necesidad de comprobar que se equivocaba, y, vistiéndose precipitadamente el traje de calle, salió sin decir a su familia a donde iba.

Un taxi la condujo hasta la puerta del estudio de Estrella Maynard, pero no le fué necesario entrar ni hacer preguntas que acaso la hubieran puesto en ridículo. Iba a bajar del taxi cuando vió que Estrella y su esposo salían de aquella casa, cruzaban la acera y subían al auto de Julio.

Otra mujer menos inteligente que Anita hubiera juzgado aquello como una prueba de la culpabilidad de Julio.

Pero ella vió algo muy distinto y volvió a dar al chofer la dirección de casa.

VI

Cuando los padres y los hermanos de Anita quedaron solos, continuó el debate entre ellos, más animado si cabe que en un principio.

Todos se pusieron de acuerdo en que Anita era la mujer más desgraciada del mundo y Julio el hombre más miserable.

La madre tuvo una idea:

—¿Por qué no vas en busca de tu hermano el abogado? El podría arreglar a la chica un divorcio que nos asegurase el pan por el resto de nuestros días.

—Naturalmente!—exclamó Santiago.

Al padre le pareció muy bien la idea, tan bien, que salió inmediatamente en busca de su hermano.

Media hora después estaba de vuelta con el hermano. Media hora después estaba redactada la demanda de divorcio.

En este momento, regresó Anita después de haber comprobado lo que necesitaba comprobar respecto de Julio y la rubia.

Su tío le tendió de buenas a primeras el papel que acababa de llenar y le dijo:

—Firma aquí. Lo demás corre de mi cuenta.

Ana, sin mirar el papel, pero figurándose de qué se trataba, preguntó:

—¿Qué es esto?

—Tú demanda de divorcio.

Anita miró fijamente a sus padres.

—Sois vosotros los que habéis tomado esta decisión?

—Naturalmente, hija mía. Nosotros sólo nos preocupamos de tu felicidad.

Esta vez Ana no abrazó a sus padres en un arrebato de gratitud como otras veces.

Por el contrario, les miró con fijeza y les dijo, en un tono duro y enérgico, nuevo en aquella criatura, toda sumisión:

—Habéis terminado de mezclaros en mis asuntos. Me habláis de mi divorcio; pues bien, he aquí lo que os respondo yo: Amo a Julio como no le he amado nunca. Acabo de persuadirme de que entre él y esa rubia del estudio no existe sino una limpia y pura amistad. Y acabo de vencerme también, de que sois capaces de mentir hasta el extremo de malograrme con una de vuestras mentiras mi felicidad.

Inmediatamente, se volvió hacia su tío, y quitándole la demanda de divorcio, la rompió en mil pedazos.

Después, le condujo a empujones hasta la puerta del piso, lo hizo salir y le dió con la puerta en las narices.

Hizo más, mucho más, volvió al centro de la estancia, donde toda su familia la contemplaba con miedo y sorpresa, y les dijo:

—Ahora empiezo a conocer a mi familia. ¡Qué abnegada y qué amante es! Mi hermano, que no trabajará mientras pueda pesar sobre las costillas de alguien. Mi padre, cuya vanidosa ignorancia echará abajo el negocio más sólido. Mi

madre, que por todo gimotea, pero que sacrificaría el mundo entero a su egoísmo. No es de Julio de quien necesito librarme, no; es de todos vosotros. ¡Fuera de esta casa! ¡Fuera para siempre de mi vista!

Y, a empujones, los condujo hasta las habitaciones donde se habían dejado los equipajes.

—¡Quién habría de decírmelo! —gimoteó la madre. —¡Verme arrojada de casa de mi hija por mi hija misma!

—Sí, sí—replicó Ana con desesperación—; es tu propia hija la que te arroja de su casa, no para abandonarte, sino para que no destruyas la felicidad de su vida. Nada te faltará. Yo me cuidaré de que nada te falte. Pero vete, vete pronto.

Y ella misma les ayudaba a hacer las maletas, a ponerse los sombreros y las americanas.

—¡Fuera, fuera de aquí!

Todos ellos procuraron, como siempre, enternecer el corazón de Anita.

Todos incluso Santiago derramaron una lágrima de dudosa sinceridad.

Pero ella no se blandaba. Estaba decidida. Quería ser feliz a toda costa. Quería hacer feliz a Julio por encima de todo.

Y ya estaban todos formados ante la puerta, cada cual con una parte del equipaje, y aun repitió:

—¡Fuera, fuera de aquí!

Ya habían salido todos; y aun estaba la madre en la puerta, lloriqueando:

—¡Quién habría de decírmelo! ¡Quién habría de decírmelo!

Anita, que había comenzado a comprenderla,

cogió su bolso, extrajo de él todo el dinero que contenía y lo depositó en el portamonedas de su madre.

—Toma, mamá. No tengo más ahora. Acaso más adelante... pero es inútil que llores. Tu llanto no me commueve ya.

Y ella misma cerró la puerta detrás de los tuyos.



—¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

* * *

A la puerta se encontraron con Julio. Al bajar éste del auto quedó perplejo ante la extraña comitiva.

Todos tenían cara de funeral, incluso el audaz Santiago, el cual, con un traje y un abrigo al

hombro, parecía, más que hombre, un armario ropero.

Julio, sino todo sospechó parte de lo que había ocurrido, y echó a correr hacia la casa.

Su suegra le recibió con los brazos abiertos.

—Hijo mío, tú siempre has sido muy bueno para nosotros, mejor que nuestra propia hija.

Y el padre intervino:

—Estoy seguro de que tú no habrías tenido valor para hacer lo que ella nos ha hecho.

—¿Qué les ha hecho? —inquirió Julio disimulando su alegría.

Entonces repuso Santiago con una cara que daba lástima:

—Nos ha echado a todos a la calle.

—¡Vamos! ¡Ustedes exageran! Lo que sucede es que nuestra casa es sólo para dos y no cabemos en ella todos. Vayan ustedes tranquilos, que yo les prometo que a Navidad iremos a visitarles y a pasar unos días con ustedes.

Y él mismo les llevó las maletas a su auto, que estaba parado allí delante, y embutiendo a toda la familia en él, dijo al chofer:

—A la estación.

Después, corrió Julio al lado de Anita. La halló sentada en un sillón. Estaba llorando.

—¡Ana, Ana mía!

Ella alzó los ojos, miró fija y amorosamente a Julio, se puso en pie, le echó los brazos al cuello y le dijo:

—Al fin voy a pagarte como te mereces. Al fin he comprendido que es preferible ser una buena esposa a una hija condescendiente. Si me

En breve, la magnífica no-
vela en veinte cuadernos

De vendedora de periódicos o a estrella de cine o

Inmejorable presentación

Portada a colores

Ilustraciones en el texto,
ameno y nutritivo

1 cuaderno semanal,
los jueves

Precio: 25 céntimos

Se admiten suscripciones

¡La mejor novela del año!

029 NAC (24)

De interés para todos, especialmente para los padres

Ediciones BISTAGNE

ha puesto a la venta una nueva publicación semanal dedicada a los niños, pero que los propios padres leerán con deleite, cuyo título es:

EL CUENTO SELECTO

Su precio es de 15 céntimos

y todos los asuntos que se publicuen tendrán un alto valor educativo.

Inmejorable presentación

¡El mejor cuento del hogar!

15 céntimos!

